

hombre que viene á este mundo; él solo es la luz del mundo y la verdad por esencia; él conoce los corazones de los hombres, escudriña sus intenciones y pesa en balanzas justas su mérito; de la plenitud de su sabiduría hemos recibido todos la parte que se dignó comunicarnos, á fin de que, conociendo, aunque imperfectamente, al Hijo de Dios, á Cristo, mediante la luz de la revelación y la fe, podamos algún día conocerle perfectamente por la visión beatífica en el cielo. *Amén.*

## SANTIDAD DE JESUCRISTO

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?  
Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?*

(JOAN, 8, 46.)

Todo el mundo sensato y juicioso, hermanos míos, conviene en afirmar esta verdad: la verdadera grandeza del hombre consiste en la perfección de su razón, que le hace sabio, y en la perfección de su voluntad, que le hace santo. Todas las otras ventajas, tan apreciadas por el mundo insensato y preocupado, en nada contribuyen á su verdadera grandeza. Con todas ellas, puede uno ser muy pequeño y despreciable, y sin ellas, puede un hombre ser sobremedida ilustrado y grande. Establecido este principio cierto, miremos á Jesucristo en el Evangelio, y se nos presentará no solamente como el mayor de todos los hombres y superior á todas las ideas que el entendimiento humano ha podido formarse por sí mismo de la grandeza de un hombre, si que también con una santidad digna sólo de Dios. En una palabra, si Jesucristo es el Hombre-Dios por su sabiduría, como está ya demostrado, (1) también lo es por su santidad. *Ave Maria.*

(1) Véase el sermón anterior.

Temblad, hermanos míos, al escuchar esta formidable verdad, que ha formado todos los incrédulos. Los vicios del corazón oscurecen las luces del entendimiento, y la recta razón se disminuye en proporción que el corazón se corrompe con los vicios. Por consiguiente, ninguno puede ser perfectamente sabio, si no es perfectamente bueno. Quien no tiene una idea verdadera de la virtud, ¿cómo podrá ser verdaderamente virtuoso? Las pasiones y los vicios que pervierten la voluntad del hombre, ofuscan también su entendimiento, y le dan falsas ideas en materia de religión. De las pasiones nacen los errores: ellas han dado á luz aquellas preocupaciones monstruosas que convierten el vicio en virtud, y la virtud en vicio, y llegan hasta precipitar los hombres en la herejía y en la incredulidad. Por más talento que supongáis en el hombre, si su corazón no es recto delante de Dios, ¿con cuántos lunares nos presentará el bello cuadro de la virtud! Miradlo en los Sócrates, los Platones, los Aristóteles, Sénecas y Cicerones: fueron hombres de un talento extraordinario, y en sus retratos de la virtud se ven, al lado de los rasgos que la razón ha dictado, las manchas de su pasión y sus preocupaciones. Lo mismo que sucedió á los filósofos de la antigüedad pagana, acontece á los filósofos de nuestros días. Siempre nos dan defectuosas las copias de la virtud: no está perfectamente en ellos: no la ven en sí mismos; ¿cómo han de dar ideas verdaderas de la perfecta santidad? Jesucristo es únicamente quien nos ha dado la perfecta idea de la verdadera santidad, porque él era perfectamente santo. Su razón no se oscureció jamás con nublado alguno, y su corazón no se manchó jamás con pasión alguna. El solo ha sabido pintar la virtud con los colores que la caracterizan, tomando la idea de sí mismo. No esperéis que yo ciña mis pensamientos á una sola virtud para mostrar en ella el carácter de Jesucristo, porque todas las tuvo y practicó en sumo grado: no penséis que vengo á hablar de todas, porque esto sería emprender un imposible y proceder al infinito. Yo sé ciertamente más que si lo viera con mis ojos, que ninguno conoce al Hijo sino el Padre; y así como ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se dignare revelarlo; en el cielo le veremos como él es: en la tierra no pueden los hombres ni los Angeles dar ideas perfectas de su santidad. No nos queda otro partido que tomar, sino abrir el Evangelio y estudiar en él á Jesucristo.

Apenas fijo atenta y respetuosamente mi vista en este libro divino, cuando su luz me sorprende, y mi alma queda llena de admiración. ¡Qué amor de Dios tan puro! ¡Qué amor del prójimo tan tierno y desinteresado! ¡Qué respeto tan profundo al Señor, á quien llama su

Padre! ¡Qué dependencia de su voluntad! ¡Qué celo de su gloria! ¡Qué inmenso deseo de hacerle conocer y procurarle adoradores! ¡Quién jamás amó á los hombres con un amor tan puro, tan sincero y tan generoso como Jesucristo? ¿Qué cosa puede imaginarse que sea comparable al celo con que los instruye, á la bondad con que los socorre, á la paciencia con que los sufre? La inocencia de sus costumbres, su moderación, su desprendimiento, su aversión al fausto, á la vanagloria y á la avaricia, ¿quién la explicara? ¡Cuántas veces se enterneció, cuantas derramó afectuosas lágrimas por las desgracias de los hombres! ¡Cuántas veces se fatigó, cuantas palabras habló, cuántos pasos dió, por reducir al aprisco de su eterno Padre las descarriadas ovejas de Israel! ¡Qué noble sencillez en sus modales! ¿Qué dulce majestad en su presencia! Modesto sin afectación, grave sin altanería, discreto y reservado sin ficción, afable y popular sin bajeza, ni lisonjea los vicios, ni ofende á los hombres. A todos hace bien, y todo lo hace bien. Ved ahí, amados cristianos míos, lo que á la primera vista percibimos respecto á Jesucristo.

Si volvemos á estudiar el Evangelio con un poco más de cuidado, ¡oh Dios inmortal, qué fondo de santidad tan insondable se nos presenta! Ningún vicio hallamos, ningún defecto, ningún primer movimiento, ninguna de aquellas pequeñas debilidades de que no estuvieron exentos los más eminentes santos. ¡Qué hermosura y qué pureza la de su corazón! ¡Qué grandeza y qué elevación en su alma! Lo sublime y sumo de la virtud era el estado natural de Jesucristo: Jamás necesitaba recogerse dentro de sí mismo para orar: jamás se vió precisado á reprimir sus pasiones para practicar lo más heroico y sumo de las virtudes. Jesucristo fué sabio sin estudio, hermoso sin vanidad, rico sin presunción, pobre sin disgusto, moderado, paciente, magnánimo é intrepido sin violentarse. Su humildad fué profundísima, su mansedumbre inalterable, su pureza más que angélica, su obediencia más que humana y su modestia la más edificante. Toda virtud tenía asiento en su alma. Todo cuanto él dijo, fué precisamente lo que debía decir; y todo lo que él hizo, fué precisamente lo que debía hacer. Todo era perfectísimo en Jesucristo: sus pensamientos, sus palabras, sus obras, sus acciones, su cuerpo y su alma. No puede imaginarse virtud más verdadera, más sólida, más franca, más superior á toda preocupación y consideración humana, á todo temor, á toda esperanza y á cualquiera especie de intereses. Cuando provoca á los judíos á que le convenzan de algún pecado, me veo precisado á creerle un Hombre-Dios que en medio de sus enemigos hace brillar su santidad para eterna gloria de su Padre.

Ved, cristianos oyentes míos, los caracteres generales que de la santidad de Jesucristo nos dan los Evangelistas. Pero volved á leer el Evangelio, y hallaréis en él que Jesucristo ha dado á los reyes, á sus ministros, á los sacerdotes y á los grandes del mundo todo lo que es debido á la dignidad de que estaban revestidos. Reflexionad que jamás elogió sus talentos, su grandeza y sus riquezas; solamente alababa su virtud. ¡Oh qué virtud tan rara! ¡Oh qué santidad tan heroica!

Leamos el Evangelio, y hallaremos que Jesucristo no hizo otros milagros que los que convenia hiciese un Hombre-Dios. Si da vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos, salud á los enfermos y vida á los muertos; si arroja los demonios, si calma las tempestades, si multiplica los panes, si descubre los pensamientos más ocultos de los hombres, si todos los elementos le obedecen, si los Angeles le sirven, si los hombres y los espíritus infernales tiemblan en su presencia, si el sol y la luna se oscurecen, si las piedras se parten, si el velo del templo se rasga, si los sepulcros se abren y los muertos vuelven á la vida, si él mismo resucita, si resucitado come, bebe, habla, camina, enseña, instruye, y al fin sube á los cielos á la vista de tantos testigos: en ninguno de estos grandes prodigios tuvo parte alguna el respeto humano, la curiosidad de los espectadores, la vanidad ó complacencia de hacerse admirar de las gentes: hizo grandes prodigios, ciertamente; pero los niegan los más declarados enemigos del Cristianismo; pero todas sus maravillas tuvieron por objeto la mayor gloria de su Padre celestial, el socorro de los desgraciados hijos de Adán, y la demostración de su misión divina. Para quedar penetrados de esta verdad, no tenéis más que leer el Evangelio: en él hallaréis que los fariseos le piden con un tono imperioso que haga un milagro; y como el orgullo es quien lo pide, no lo consiguen. Claman sus mismos discípulos que haga descender fuego del cielo contra Samaria; y como la venganza solicitaba este milagro, el Señor no accede, y los reprende. Alegrase Herodes al verle en su presencia, esperando que haría algún prodigio; y como la curiosidad es el origen, calla y no lo hace. Piden los escribas y sacerdotes que baje de la cruz y creéran en él; y como el Salvador conoce no ser justa su petición, la niega y muere en la cruz. En vano buscaréis un lunar en la santidad de Jesucristo. Su intención y sus operaciones son perfectas, son justas, son heroicamente virtuosas. ¿Queréis ejemplos de bondad, dulzura, clemencia y misericordia? Representaos á Jesucristo y á la Magdalena á sus pies en casa de Simón el Fariseo; á Jesucristo presidiendo el juicio de la mujer adúltera; hablando con la Samaritana

en el pozo de Sicar; comiendo en casa de Zaqueo con los publicanos; y finalmente rodeado de niños, á quienes ama y defiende. Representaos, vuelvo á decir, á Jesucristo en estas y otras ocasiones de su santísima vida, y decidme, si toda la caridad que podemos concebir en un Hombre-Dios para salvar á los hombres, no está brillando á vuestros ojos. ¿No le veis como el Pastor más vigilante y benigno, como el Padre más tierno y más amable? ¿Podía el mismo Jesucristo pintarse á sí mismo con caracteres de mayor benignidad y misericordia?

¿Queréis ejemplos de fortaleza y de una libertad intrépidamente santa? Representaos á Jesucristo arrojando del templo á todos los que lo profanaban con sus negociaciones, derribando sus mesas, echando por el suelo sus dineros y celando el honor y culto de su casa: representáosle dando en rostro á los escribas y fariseos con sus hipocresías, sus injusticias, sus tradiciones perversas y sus costumbres corrompidas. Nada puede imaginarse que se parezca al espíritu, al fuego, á la terribilidad de sus reprensiones contra aquellos hombres que abusaban sacrilegamente de todo lo más santo que había en la religión, que imponían cargas insoportables sobre los fieles, y no arrimaban siquiera un dedo de misericordia para ayudárselas á llevar. Estremecen y horrorizan aquellos anatemas que Jesucristo profería contra ellos: *Vae vobis*. ¡Ay de vosotros, hipócritas, escribas y fariseos! ay de vosotros! ay de vosotros! ¡Habéis alguna vez considerado, amados cristianos míos, quiénes eran estos hombres á quienes el Señor reprendía con tanta dureza, y quiénes eran aquellos otros á quienes trataba con tanta clemencia? ¡Oh reflexión digna de que no la olvidéis jamás, para conocer la santidad de la fortaleza de Jesucristo! Los escribas, los fariseos, los príncipes de los sacerdotes eran unos hombres públicos, de grande reputación en el pueblo, que podían conmovérle á su voluntad, revolverse contra Jesucristo, atentar contra su vida y procurarle su muerte; y los otros eran unos hombres pobres que nada podían, y de quienes nada había que recelar: éstos eran unos pecadores de flaqueza ó ignorancia, y aquellos unos pecadores de malicia y de poder: y no obstante Jesucristo se levanta contra sus desórdenes, y reprende intrépidamente sus vicios en unas circunstancias terribles, en las que el respeto humano reduce al silencio los hombres más animosos, y les hace olvidar lo que deben á Dios y á su sagrado ministerio, y trata al mismo tiempo con dulzura á los que son el blanco más frecuente de las almas cobardes, pero altivas, que los tratan con la mayor dureza y sin la menor consideración. ¡Oh Dios inmortal! ¡Qué proceder tan santo el de Jesucristo en su sagrado ministerio! ¡Qué debilidades tan reprensibles cometemos cada día sus ministros por no imitar una conducta tan justa!

Pero no omitamos siquiera una ojeada sobre el estado más brillante de la santidad de Jesucristo. Admirémosle en su pasión y en su muerte. En ella es donde descubre toda la hermosura, toda la fuerza y toda la grandeza de su alma. Todo cuanto el mundo ha admirado como más grande, es inferior á él con una distancia infinita. Á su vista todo parece pequeño, toda virtud se eclipsa y toda santidad desaparece. Nada hallamos en todas las historias que se parezca á tal modo de padecer y morir; revestido de un poder infinito, derriba con una sola palabra toda la multitud armada de ministros y soldados que venían á prenderle: permíteles luego que se levanten, y se entrega voluntariamente en sus manos. Esta era la voluntad de su eterno Padre; esta era la suya, y esto lo que nos convenia y era necesario para nuestra salud y remedio. Abandonado de sus amigos y entregado al furor de sus enemigos, ve llover sobre su venerable persona violencias, injusticias, calumnias, insultos, ultrajes los más inauditos y tormentos los más atroces; pero ni manifiesta su inocencia delante de los jueces, como Sócrates, para poner en salvo su reputación, ni publica la violencia de su gran padecer como Job, ni pide venganza su sangre derramada como la de Abel. No reclama los derechos de la justicia, tan abiertamente violados contra su persona, ni el respeto debido á la naturaleza humana, tan indignamente hollada. Á la manera de un cordero manso enmudece, y no se resiste, ni se queja, ni murmura. La indignación, la cólera, el desprecio, la vanidad ni otra pasión alguna se deja ver en sus ojos, ni en su rostro, ni en su porte, ni en sus palabras. Un silencio profundísimo, una admirable serenidad en su semblante y una tranquilidad en su alma, superior á la naturaleza del hombre: ved ahí lo que descubrimos en la pasión y muerte de Jesucristo. Si alguna vez habla, es para rogar por sus enemigos, para escuchar á sus enemigos y para alcanzarles el perdón. Si llora, es de compasión por las miserias de su pueblo; si clama á su Padre, es para encomendar su espíritu en sus manos; si mira á su Madre, es para señalarle á Juan, como hijo adoptivo, para que la sirva y obedezca; y si se dirige á su discípulo, es para dejarle á él y á todo el género humano una madre y protectora, en su Madre misma.

Levantad los ojos, amados cristianos míos, á la santa cruz, y veréis en ella á Jesucristo como dueño de la vida y de la muerte; como árbitro soberano de los eternos destinos de los hombres. Desde la cruz abre las puertas del paraíso á los que le reconocen y confiesan, y las cierra á los incrédulos que se obstinan en su ceguedad y mueren en la impenitencia. La cruz es una cátedra en la que el Dios de la santidad enseña todas las virtudes con su ejemplo, después de haberlas

enseñado en su vida con su doctrina. La humildad más profunda, la paciencia más asombrosa, la paz más inalterable, la fortaleza más invencible, la caridad más inimitable. Desde la cruz extiende los brazos hacia el uno y el otro polo para abrazar á todo el universo y formar un solo pueblo de los dos que reinaban en toda la tierra: el judaico y el gentilico. En la cruz, como en un sagrado altar, consume este Pontífice sumo, inocente, santo, immaculado, el sacrificio cruento de su cuerpo y de su sangre, y con él reconcilia el cielo con la tierra y hace las paces entre Dios y el hombre. En la cruz, como desde un trono, descubre este Rey inmortal de los siglos toda la extensión de su virtud y la fuerza de su imperio. El mismo había profetizado que cuando fuese levantado de la tierra, todo lo atraería á sí, y ya vemos cumplida su profecía. Las naciones le adoran, los reyes le veneran, y el mundo arrodillado delante de la santa cruz demuestra la verdad de sus palabras. En la cruz... Pero, cristianos míos, muy amados, leed vosotros el Evangelio, y hallaréis las verdades que os anuncio. Leed el Evangelio, y encontraréis, si le leáis con profunda humildad, fe sencilla y corazón piadoso, rasgos aún más brillantes de su sabiduría y santidad. Hallaréis una infinidad de cosas, que más bien se conocen que se explican. Hallaréis á Jesucristo, si le leáis el Evangelio, no sólo exento de todo pecado, de todo vicio, de toda imperfección y de toda debilidad, sino acompañado de todas las virtudes. En vano buscaréis las más sobresalientes, porque todas lo fueron en sumo grado. En todas fué perfectísimo, en todas santo. Hallaréis, por último, que los Evangelistas nos dieron la historia más cabal, más hermosa y más perfecta de Dios hecho hombre por amor del hombre. Historia verdadera, historia fiel, historia divina, historia inspirada por el mismo Dios para instrucción y santificación del hombre.

Dad gloria á Dios y bendicid su santo nombre, porque sólo Dios es bueno, sólo él es santo, él sólo es el Señor de los cielos y la tierra, de los Angeles y de los hombres, y el bienhechor de todo el universo. Dadle honor, culto, reverencia, honra y bendición, porque es santo en su esencia, santo en sus obras, santo en sus palabras, santo en sus designios, santo en el lugar de su morada, santo en la ley que nos impone, y nos hace santos si la obedecemos y cumplimos. Sed santos, hermanos míos, pues podéis y debéis serlo ayudados de su divina gracia. Santos son los Angeles que le alaban en el cielo, santos los bienaventurados que le conocen, le aman y le gozan en la gloria, y santos son los justos que le sirven en la tierra. *Sancti estote, dice el Señor, quoniam ego sanctus sum, Dominus Deus vester.*

Y vosotros, incrédulos, que os preciáis de instruidos, ¿queréis ser santos? ¡Ah! también podéis serlo dejando vuestra incredulidad. La religión santa abre los brazos como el buen padre de familias para recibir al hijo pródigo, si abandonáis como él el camino obscuro y tenebroso en que os precipitó vuestra incredulidad, y abris los ojos á la luz de la verdad. ¡Qué piedad! ¡Qué misericordia! Esta religión, esta misma madre llena de bondad y de clemencia quiere abrigaros en su seno y cubriros con su manto, si obedientes á su voz creéis sus verdades, teméis sus amenazas, esperáis sus recompensas, obedecéis sus preceptos, recibís sus Sacramentos y amáis á su eterno Fundador. ¿Queréis todavía navegar en ese mar borrascoso, lleno de incertidumbre, sustos, pesares y tormentos, y expuestos en cada ola á un naufragio eterno? ¿No vale más viajar por un camino breve, derecho y firme que conduce seguramente al fin para que Dios nos erío, que pasar de un sistema á otro, de una opinión á otra, de una ilusión á otra, de un engaño á otro, sin hallar jamás descanso, paz ni seguridad? No violentéis vuestra razón, y nada hallaréis en el convite que os hago, que no sea justo, bueno y santo. Os convido con la paz, dejad la guerra; os convido con la seguridad, abandonad la incertidumbre; os convido con la gracia, desterrad la culpa; os convido con las luces de la fe, salid de las tinieblas de la incredulidad; dejad la tierra, yo os convido con el cielo, en donde deseo daros un abrazo eterno en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, á quien sea dada toda honra y gloria por los siglos de los siglos. *Amén.*

## LA SANTIDAD DE JESUCRISTO ES SÓLIDA

*¿Quis ex vobis arguet me de peccato?  
¿Quién de vosotros me arguirá de peccado?*

(S. JUAN, c. 8, v. 46.)

Reflexionando, hermanos míos, sobre los diferentes aspectos y relaciones bajo los cuales podemos considerar á nuestro divino Redentor, aquella metáfora que nos ofrece San Juan en su *Apocalipsis*, cuando dice que Jesucristo es el tabernáculo de Dios, me conduce á contemplar su virtud y su santidad, adornada de las mismas cualidades que hacen todo el mérito y toda la hermosura de los tabernáculos ó edificios materiales. Toda la hermosura y mérito de éstos consiste en la solidez, en la sencillez y en la elegancia del todo y de cada una de sus partes; y á ese modo todo el mérito y belleza de la santidad de Jesús nuestro Redentor lo consideraré en su solidez, en su sencillez, en su elegancia. Contemplemos esta virtud, que es la virtud esencial del eterno Padre, y á su vista desaparecerán los vanos fantasmas de virtud con que queremos engañar á los demás, ó con que nos engañamos á nosotros mismos. A vista de la verdadera virtud podremos depurar la nuestra, tan imperfecta, de sus manchas y defectos, y darle en lo posible la solidez, la sencillez, la elegancia que caracterizan la virtud substancial del Padre en su Hijo santísimo. Esta es á todo mi parecer doctrina cristiana, doctrina del Evangelio, doctrina comunemente ignorada, doctrina sumamente necesaria, doctrina sólida, sencilla, celestial. Mas concretándome al presente á la primera de dichas cualidades de la santidad de Jesucristo, os manifestaré como es sólida. Para esto imploremos los auxilios de la divina gracia, por la intercesión de María Santísima. *Ave María.*

Para conocer mejor la solidez de la santidad de nuestro Redentor, confrontemos su virtud con la nuestra. De este modo aprenderemos á discernir la virtud verdadera de la falsa, y procuraremos, desconfiando de ésta, adquirir aquélla, que es la que ha de salvarnos. Por-

que en esto de virtud hay también sus engaños, y más comunes de lo que ordinariamente se cree: hay virtud fingida, hay virtud falsa y hay virtud débil; y ninguna de éstas es la verdadera y sólida virtud. La virtud fingida es la de los que son hipócritas á los ojos ajenos; la virtud falsa es la de los que son hipócritas á sus propios ojos, y la virtud débil es la de los que sólo siguen la virtud cuando les acomoda, y la abandonan cuando no les trae cuenta.

Y en primer lugar, ¿qué otra cosa vemos en el mundo más que fantasmas de virtud vana y fingida? Por más que se haya preconizado el vicio, él no se atreve á dar la cara, ni á presentarse desmascarado, ni aun entre los viciosos; ni, por más que se haya desacreditado la virtud, ha perdido el aprecio y estimación, aun de los malvados. De aquí es que éstos, al paso que abominan la sólida virtud de los buenos, se afanan procurando parecerse á ellos; y aunque sean lobos en su interior, se cubren con piel de ovejas para ser tenidos por tales. A este fin no hay virtud que no finjan, ni vicio que no disfracen. Al ver el trato común y ordinario que se ostenta en sociedad, dirá cualquiera que vivimos como hermanos en la más perfecta armonía. ¡Qué dulzura en las expresiones! ¡qué afabilidad en los modales! ¡cuánta condescendencia con las opiniones ajenas! ¡qué urbanidades, qué deferencias tan atentas! ¡qué prodigalidad en los obsequios! ¡qué sonrisa tan placentera! ¡qué de ofrecimientos en los labios! pero ¡qué veneno en el corazón! Cada uno de nosotros, hermanos míos, procuramos aparecer á los ojos ajenos tales como nos quieren encontrar los demás, para merecerles un buen concepto: recatados con los inmodestos, rígidos con los que son severos, y blandos é indulgentes con los benignos; y así por este modo cada hipócrita hace tantos papeles cuantos le tiene cuenta para llevar adelante sus trampas, sus embrollos y sus intrigas. Sólo son tolerantes con los que se les parecen en ser hipócritas; porque aunque los conocen, lo disimulan para merecerles el reciproco disimulo que necesita su supercheria: al contrario de nuestro Redentor Jesucristo, que siendo tolerante, dulce y afable para con toda clase de pecadores, sólo se manifestó duro é inexorable con los hipócritas. Hipócritas eran los fariseos; fariseos eran los pontífices, los sacerdotes, los rabinos y los escribas, es decir, la flor y nata del pueblo hebreo. Mas como al buen pagador no le duelen prendas, como nuestro Salvador obraba del mismo modo en público que en secreto, como su candor y la verdad de su virtud lo ponían á cubierto de toda reconvencción, como no podía por otra parte hacer treguas con el vicio, levanta la voz delante de las turbas y les previene: que sobre la cátedra de Moisés han subido los fariseos, que

los oigan y sigan la doctrina que enseñan; pero que de ninguna manera imiten su conducta, porque son unos hipócritas que dicen una cosa en las cátedras, pero no obran lo que predicán: *Dicunt enim, et non faciunt*. Y dirigiendo la palabra á ellos mismos, les provoca á que le arguyan de pecado alguno. *¿Quis ex vobis arguet me de peccato?* A lo que no le contestaron ni pudieron contestarle sino con declamaciones insignificantes y vagas: que era un samaritano y un energúmeno. Nada pudieron hallar en sus obras ni en su doctrina oculto ni encubierto, nada que indicase doblez ni engaño, ninguna contradicción entre sus obras y sus palabras; y al fin cuando Jesucristo debía haberse cansado de fingir virtud, si la hubiese fingido ó hubiera sido capaz de fingirla, enclavado en la Cruz y en su agonía, cuando los hijos de su madre la Sinagoga le decían lo que á Josef los hijos de Jacob: Mira adónde te han traído tus sueños; él vuelve á su Padre los ojos y el corazón; y con un amor, una caridad, como Dios, le dice: Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen. Esta es virtud; virtud sólida y verdadera.

Verdadera, porque no engañó á nadie fingiendo virtud que no tuviese; verdadera, porque no se engañó á sí mismo tomando por virtud lo que era vicio. Y aquí viene bien explicaros, que nuestro Redentor era impecable, y cómo y por qué lo era. Jesucristo no podía pecar, porque en él la naturaleza humana estaba unida á la naturaleza divina en la persona del Verbo; de aquí es que su alma santísima gozó de la visión de Dios desde el instante de su concepción, de un modo mucho más claro y más perfecto que la gozan los bienaventurados en el cielo; no cabía, pues, en el entendimiento de nuestro Salvador ni aun la más ligera ignorancia, que le ocasionase equivocación alguna en orden á lo que es bueno ó malo. Y como por otra parte, sus pasiones estaban subordinadas á su razón, y ésta perfectamente acorde con la divina voluntad, ni le ofrecían tentación alguna, ni lo podían inclinar á lo malo haciéndoselo halagüeño y deleitable. Sentía, es verdad, los afectos naturales de temor, tristeza, ira, admiración, y alegría; pero éstos y los demás nunca llegaron á ofuscar su razón ni á producir en la voluntad de su alma el más ligero desvío ó separación de la voluntad de su eterno Padre. Así es que ni por parte de su entendimiento, ni por parte de su voluntad podía hallar en Jesucristo cabida el pecado; antes bien todas las obras de su alma santísima fueron otros tantos actos de perfectísima virtud, meritorios de un premio infinito, porque dimanando todas de una persona divina, tenían infinito valor. Por eso han llamado los teólogos *theandricas* á las obras de Jesucristo, que quiere decir divinas y

humanas á un mismo tiempo: divinas, porque proceden de una persona divina; y humanas, porque se ejecutaban por medio de su santísima humanidad. Por esta misma razón afirmaba nuestro Redentor, que sus obras no eran tanto suyas como de su Padre, que habitaba en él: *Pater in me manens ipse facit opera*. No cabía, pues, en Jesucristo engaño; su virtud estaba exenta de todo error.

Pero ¿quién de nosotros podrá decir de la suya otro tanto? ¿Quién podrá jactarse de que siempre es efectivamente bueno lo que á él le parece tal? Todos somos más ó menos hipócritas para nosotros mismos, disimulando ó disculpando nuestros defectos, y avalorando y ponderando lo poco que hay de bueno en nosotros; en una palabra: ninguno se tiene por tan malo como es en efecto, y todos nos tenemos por algo mejores de lo que somos en realidad. Además, un entendimiento oscurecido con las tinieblas de la ignorancia, como el nuestro; una voluntad corrompida con la agitación de tantas pasiones desordenadas, y ese torrente irresistible del mal ejemplo y de la costumbre, ¿á cuántos engaños nos conduce, á cuántos abismos nos precipita sin advertirlo? Unas veces el entendimiento engaña á la voluntad con falsas opiniones que tiene por seguras; otras la voluntad seduce al entendimiento, dándole las pasiones al error y al vicio el colorido de la virtud; otras nos dejamos seducir de consejeros ignorantes ó depravados; otras, finalmente, somos impelidos por la fuerza de la costumbre autorizada por personas que corren en buena opinión. Aun los pecados más graves y horrosos, cuando ya hay costumbre de cometerlos, ó se creen leves, ó no se juzga que sean pecados, hasta tal punto, que no sólo no se ocultan, sino que se publican y se celebran.

Temamos, hermanos míos, temamos ser engañados por nuestro amor propio; temamos y desconfiemos mucho, mucho, mucho de la limitación, de la obscuridad, de la ignorancia de nuestro entendimiento; temamos y fortifiquémonos, con la lectura y meditación de la divina ley y de las vidas de los santos, contra las vehementes tentaciones del mal ejemplo y de la costumbre, para que no vivamos ilusos abrazando el idolo y la fantasma de la virtud por la virtud misma: acerquémonos á estudiar la vida de nuestro Salvador, en quien se halla la virtud sólida y verdadera, porque ni engañó á nadie fingiendo la que no tenía, ni pudo engañarse á sí mismo tomando por virtud lo que en realidad no lo era. Estudiemos la vida de nuestro Señor, porque en él se halla también virtud sólida y fuerte á toda prueba, que es la tercera cualidad que hace la solidez de la virtud de nuestro Redentor.

Llamé al principio virtud débil á la de aquellos que sólo siguen la virtud cuando les acomoda, y la abandonan cuando no les trae cuenta; que es decir, que están dispuestos á hacer la voluntad de Dios, cuando se acomoda á la suya propia; mas al momento que es necesario hacer el sacrificio de renunciar á la voluntad propia, para seguir la voluntad de Dios, dimos con el santo, como se suele decir, en tierra.

Pues, hermanos míos, nada de esto basta, nada de esto puede llamarse virtud en verdad, porque virtud es una palabra que significa fuerza, y donde no hay fuerza no hay verdadera y sólida y firme virtud. Para que haya virtud firme y fuerte es necesario que cueste trabajo su práctica, que nos hagamos fuerza á nosotros mismos, que nos violentemos. Por eso nos dice nuestro Redentor Jesucristo que el reino de los cielos no se alcanza sino á viva fuerza, y que sólo los violentos, los animosos, los fuertes lo arrebatan, *violenti rapiunt illud*. En una palabra, como la virtud es la voluntad de Dios, y no consiste en otra cosa que en hacer nosotros y cumplir esta voluntad, debemos estar dispuestos á hacerla, no sólo cuando se acomoda á la nuestra, sino principalmente cuando se opone á ella, cuando la contradice; sin esta renuncia de nuestra voluntad no hay ni puede haber virtud sólida y firme.

Cristo Señor nuestro no hizo en toda su vida sino la voluntad de su Padre, y para hacerla sacrificó todos los sentimientos naturales con la más heroica firmeza. Ya desde los decretos eternos estaba destinado para hacer la voluntad de Dios: *Ut facerem voluntatem tuam*. Por eso dice el Apóstol que al entrar el Verbo en el mundo, cuando tomó nuestra naturaleza en el vientre purísimo de Maria, el primer acto de Jesucristo fué dirigirse á su Padre, con las palabras que el Profeta rey había anunciado, diciéndole: Tú, Señor, no has querido satisfacerte con las hostias y oblaciones de tu pueblo, sino que me has dado este cuerpo para que él sea la única hostia y oblación que satisfaga tu justicia. No te han agradado los holocaustos ni las víctimas de expiación que se te han ofrecido desde el principio del mundo. Aquí me tenéis. Yo vengo dispuesto á cumplir toda tu voluntad. Yo vengo á ser la víctima de vuestra justicia inmolada por la redención del género humano: *Ecce venio*. Así lo ofreció á su Padre, y así lo cumplió por todo el curso de su vida. Porque durante ésta nos repitió muchas veces que había bajado del cielo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad de su Padre que lo había enviado. ¡Y á costa de cuántos y cuán duros sacrificios! O para hablar con más propiedad; todos los instantes de su vida mortal, hasta que expiró en la Cruz,

fueron un sacrificio no interrumpido y sumamente heroico. Hizose, dice San Pablo, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Ni creáis, hermanos míos, que por su santidad y virtud le fuese menos costoso este sacrificio; porque el sudor de sangre y la tristeza mortal del huerto nos ponen en claro cuán doloroso le fué, y aquella voz de la Cruz: Padre mio, ¿por qué me has desamparado? nos hace ver que la presencia de la divinidad no lo hizo impasible, sino invenciblemente unido á la voluntad de su eterno Padre.

Nosotros también somos víctimas inmoladas, con Jesucristo nuestra Víctima y Sacerdote, á la divina Justicia por nuestras culpas, y yo me figuro que estamos á manera de Isaac atados sobre el haz de leña esperando el golpe de la espada de nuestro Padre, ó más bien diré, los golpes con que quiere herirnos para nuestro bien y remedio. Hoy con la enfermedad, otro día con la pérdida de la hacienda, otro con aflicciones y mil trabajos, hasta que recibimos en la muerte el último que consuma nuestro sacrificio. Hoy nos exige que le sacrifiquemos nuestra comodidad y descanso; mañana que le sacrifiquemos unos padres, una esposa, unos hijos amados; y no hay más remedio que repetir humillados: *In capite libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam, Deus meus voluit et legem tuam in medio cordis mei*. Esta es la virtud que el Señor exige de nosotros, como la exigió de su único Hijo.

Hablar de este Señor sería nunca acabar, hermanos míos. Como en él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, mientras más se ahonda, más profundidades se encuentran en Jesucristo nuestro Salvador. En lo dicho he tocado puntos muy interesantes: os he presentado la sólida virtud de nuestro Redentor, para que confrontando la nuestra con ella, la demos la solidez que no tiene. Huyamos de aparentar virtud que no tenemos; fuera de nosotros toda hipocresía. Examinemos la virtud que creemos tener, no sea sólo fantasma de virtud; y vivamos persuadidos de que sólo será sólida nuestra virtud, cuando estemos prontos á sacrificarlo todo por ella, por no apartarnos de la divina voluntad. Ello es que nadie puede poner otro cimiento sobre que levantar el edificio de su virtud y de su santidad que el que está puesto, que es Cristo Jesús. Estudiemos á Jesucristo, meditemos sus obras y toda su conducta, imitemos sus ejemplos, conformemos nuestra vida con la suya, para que semejantes á él merezcamos entrar en el descanso de la adopción eterna, en las mansiones celestiales. *Amén*.

## LA SANTIDAD DE JESUCRISTO ES SENCILLA

*¿Quis ex vobis arguet me de peccato?*  
¿Quién de vosotros me arguirá de pe-  
cado?

(S. JUAN, c. 8, v. 46.)

En otra ocasión (1), hermanos míos, traté de la santidad de Jesucristo, nuestro Redentor y Maestro, considerándolo como el verdadero tabernáculo en que habitó Dios con el hombre; buscaba con él los caracteres ó dotes que hacen hermoso y perfecto cualquier edificio ó tabernáculo material, y los aplicaba á aquel que fué todo divino: estas dotes son la solidez, la sencillez y la elegancia. Manifesté que la santidad de Jesucristo fué sólida; ahora debo probar y explicar que fué también sencilla. En los edificios materiales la sencillez, que los hace aparecer hermosos, consiste en que los adornos sean fáciles, naturales y no más que los convenientes al orden de arquitectura que guarda el edificio. Pues á ese modo la santidad se encuentra bella y perfecta por su sencillez, cuando sus adornos ni son muy estudiados, ni raros y extraordinarios, ni impropios del carácter de la santidad misma.

Para cuya inteligencia debe saberse que la raíz y fuente de toda santidad es la gracia santificante: la amistad de Dios, ó el amor y la caridad recíproca con que Dios nos ama y le amamos nosotros. De esta raíz nacen las buenas obras, que son los frutos ó los adornos de la santidad; y así para que sea sencilla no deben ser demasiado estudiadas, ni extravagantes, ni impropias del carácter mismo de la santidad, las buenas obras con que se adorna. Pero el hombre enemigo de lo sencillo, ó por capricho, ó por humor, ó por pasión, complica la sencillez de la virtud y ofusca con vanos adornos su natural belleza. Hay entendimientos y genios cavilosos, que á fuerza de sutilezas

(1) Véase el sermón anterior.

quieren pulir la virtud y acomodarla á sus principios y sistemas. Hay imaginaciones turbulentas y fogosas, á las que nada común y ordinario les satisface, y buscan modos raros de obrar, creyendo que el mérito de la virtud consiste en hacerse singulares y extravagantes. Hay voluntades ocultamente rebeldes al yugo de la ley que no quieren llevar; y le substituyen otros yugos forjados por ellos mismos, con los que se acomodan mejor. Y de aquí resultan aquellas santidades sistemáticas, extravagantes y con modas tan distantes de la pura y sencilla santidad como comunes en gran parte de los cristianos.

A todas estas santidades humanas voy á oponer la santidad divina de nuestro Señor Jesucristo: sencilla, llana, común, y en todo proporcionada al carácter, al estado, á la persona de nuestro Redentor. Esta doctrina bien conozco es muy delicada para tratarse; pero veo que es muy necesaria para desengaño de muchas almas que, seducidas por las astucias del amor propio se piensan que son algo, no siendo nada, según la frase del apóstol San Pablo. Quiera Dios darme acierto y unción á mis palabras, para que sean en honra y gloria suya y provecho de nuestras almas. Pidámoslo, etc. *Ave María.*

Al tiempo de la venida de nuestro Redentor á la tierra, todos sabemos que la divina ley, dada á Moisés en el monte Sinai, estaba confundida y oscurecida con las cavilaciones y sutilezas de las varias sectas en que se hallaba dividido el pueblo hebreo. De aquí nacían muchos errores en la moral, sancionados, digámoslo así, por la autoridad de los mismos sectarios. Para disiparlos, y restituir así la ley como la moral á su nativa sencillez y belleza, dió Jesucristo en su doctrina y en su conducta los documentos más preciosos y los más hermosos ejemplos de una virtud sencilla. Era constante y clara en el Decálogo la ley de amar al prójimo; pero aquí entraban los doctores á fijar y determinar quiénes debían entenderse por la voz prójimo, y excluían de esta clase á los infieles y á los cismáticos. Con el fin de explorar la opinión de nuestro Señor Jesucristo, le pregunta un legisperito: ¿quién es mi prójimo, Maestro? A lo que le contesta Jesucristo con la parábola del cismático Samaritano, en la que le demuestra que aquella ley debe entenderse sin restricción alguna, que todo hombre es nuestro prójimo, y que á todo el que se halla en necesidad de nuestros socorros y servicios debemos prestárselos de hecho, si le hemos de amar como verdadero prójimo nuestro. En la ley de la observancia del sábado habían los doctores estrechado sobradamente, dando por criminales las acciones practicadas en aquel día, aun cuando fuesen indispensables para la conservación propia,



ó para la del prójimo; y así censuraban al divino Maestro, y lo calificaban de infractor de la ley, porque permitía á sus discípulos estrechar las espigas entre sus manos para comer el trigo, y porque el mismo curaba á los enfermos en sábado. Mas nuestro Redentor les confunde haciéndoles ver, que ni el derecho divino puede oponerse al natural bien entendido, ni precepto alguno debe impedir la práctica de las obras de caridad, que es el fin á que se dirigen todos los preceptos. A los que creyéndose libres de la obligación de pagar tributos le preguntaron si era lícito pagarlo al César, que era gentil y tirano de su nación, les tapa la boca pidiéndoles la moneda; y enseñándoles el busto del emperador y su nombre, añade: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. En una palabra, la doctrina de Jesucristo fué en todo sencilla, llana y clara; no doble, misteriosa y obscura, como la de los idólatras y filósofos, que todos tenían una para los iniciados, y para el pueblo otra; y así pudo decir á Anás: Yo siempre he hablado claro y en público, y ocultamente nada he enseñado. Finalmente, en aquel admirable sermón del monte, que es un compendio de toda la doctrina del Evangelio, se echa de ver muy bien, que toda ella se reduce á simplificar y poner en claro los diez mandamientos de la ley que los escribas y rabinos habían embrollado con sus disputas, y que el objeto de nuestro Redentor no era destruir la ley substituyendo otra, sino perfeccionarla depurándola de todo lo que era invención humana.

Consiguiente á la sencillez de su doctrina fué la de su virtud y santidad: llana y clara, sin estudio ni afectación alguna. Aun en sus obras maravillosas se descubre una naturalidad, un candor más fácil de sentir que de explicar con palabras. Convidado á las bodas de Caná, le advierte su Madre que se ha apurado el vino en lo mejor de la mesa. ¿Y qué tenemos que ver en eso? le responde su Hijo santísimo, como para sofocar la especie entre los inmediatos, á fin de que haciéndose pública no se abochornasen los novios. Luego en seguida manda traer los jarros y hace el milagro con tal disimulo, que no lo advierten sino sus discípulos, quedando oculto al jefe del convite que extrañaba la bondad de aquel vino último, y atribuyó á equivocación el no haberlo servido primero. ¡Qué finura y delicadeza! pero al mismo tiempo ¡cuánto candor! ¡qué sencillez! Nada de artificio, nada de ostentación. Se separa de sus padres al salir del templo, y se acerca á los doctores de la ley, no para descubrir su divina sabiduría, sino para oírlos y preguntarles, como deseoso de aprender, *audientem illos et interrogantem eos*, á la manera que otro cualquier niño curioso y aplicado de aquella edad. La familiaridad y llaneza

con que trataba á sus apóstoles; la prudencia y discreción con que desvanecía toda disputa sobre las preferencias; la naturalidad con que manifestaba los sentimientos de su interior, y las flaquezas que quiso sufrir y padecer por nosotros; el hambre y el cansancio en el desierto y en el pozo de Sicar; la tristeza y ternura en el huerto, y á presencia del cadáver de su amigo Lázaro; la confianza con que asistía á los convites que se le hacían, prefiriendo siempre las casas de los pecadores y publicanos; aquel lenguaje llano y familiar con que se acomodaba á la corta capacidad de un pueblo rudo é ignorante; usando de parábolas ó semejanzas, según el gusto de aquellas gentes; aquella sublimidad, aquella unción, aquella energía de sus discursos que arrebataban á un mismo tiempo el corazón de los párvulos y el de los maestros, haciéndoles confesar que jamás se había oído hablar á nadie como á Jesucristo, y que sus palabras eran palabras de vida eterna: todo esto comprueba que la doctrina, las palabras y toda la conducta de este Señor fué siempre llana y natural, y que en su santidad nada tuvo de caviloso ni de afectado.

Nadie más bien, hermanos míos, que nuestro Señor Jesucristo pudo llenar de asombro y admiración á los hombres con dotes raras y extraordinarias, y con acciones brillantes de virtudes singulares; mas sin embargo, desde que nació en el pesebre hasta que el Espíritu Santo lo sacó del taller para conducirlo al desierto, no vemos en él sino una santidad común. Quiso hacerse en todo semejante á los hombres: *Per omnia fratribus similari*; y así fué párvulo tan semejante á los demás párvulos, que todos lo veían crecer en edad y en sabiduría, no descubriendo ni aun lo que admiramos en algún otro párvulo: una sabiduría precoz ó impropia de su edad, sino templada y acomodada á los incrementos de su ser físico; le veían aprender y aprovechar en lo que aprendía como cualquier otro joven de buen talento y aplicación. Llegado el término de tomar un destino, en vez de emprender alguna carrera de honor, de provecho y de lucimiento, entra de aprendiz de carpintero en el taller humilde de José, y continúa en la práctica de este oficio, ayudando al sustento de sus padres, y ganando el suyo con el sudor de su frente en la obscura villa de Nazareth, de donde se decía por modo de refrán, que no podía salir cosa buena. Es indudable que su virtud y su santidad, á los ojos de su Padre Dios, era infinitamente perfecta, que poseía todas las virtudes en el justo de su más precioso valor; pero al pueblo hebreo sólo se daba á conocer como un buen hijo y honrado oficial, y todo lo que ha querido el Espíritu Santo que sepamos de la virtud de Jesucristo, hasta sus treinta años, es lo que debemos saber para

nuestra enseñanza: que vivía en casa de sus padres y les obedecía. El celo de la gloria de Dios estimula á su Madre, al fin, para pedirle que haga el primer milagro; pero en la respuesta da á conocer muy bien Jesucristo, que sólo obligado por la obediencia á su Eterno Padre, lo haría cuando se lo mandase, y no antes: *Nondum venit hora mea*. Sus parientes, animados de otro celo distinto, le decían: Preséntate en Jerusalén, y date á conocer en el mundo. Pero Jesús les responde: Todavía no es llegado mi tiempo.

¡Cuán apreciable es esta santidad sencilla y oculta, digámoslo así, porque nada presenta de extraordinario que llame la atención! Pero ¡cuán pocos son los que aprecian su mérito y se dedican á practicarla! No son comunes en el día las extravagancias de una mística peligrosa; pero es muy común el error de los que despreciando ó teniendo en menos las virtudes sencillas, sólo respetan como virtudes las brillantes y que meten ruido. Sin embargo, yo tengo para mí con aquel santo obispo de Ginebra, San Francisco de Sales, por penitencia más meritoria el trabajo que toma en el campo ó en su taller un padre de familias, que las disciplinas de sangre ó los cilicios de un solitario; porque, sea dicho para vuestra enseñanza, entre todas las obras de mortificación exterior, la primera, la principal, la más meritoria es el trabajo; y así el jornalero obedece á Dios, cumpliendo la penitencia que nos impuso el Señor á todos los descendientes de Adán; obedece á Dios, que le manda proveer al sustento de su familia; doma su carne, acalla sus pasiones, evita la ociosidad, sirve á su prójimo con su labor ó industria. Mas el que se mortifica con austeridades de su invención, no sé que haga tanto. El sufrir la genialidad de un marido, ó de una esposa, con paciencia inalterable y con mansedumbre de corazón; el llevar con resignación las incomodidades de una enfermedad habitual ó de la pobreza, uno y otro día, por muchos años, es virtud heroica, más preciosa á los ojos de Dios que otras que suenan mucho y no valen tanto. ¿A qué nos penamos por virtudes que no podemos practicar? El pobre quisiera ser liberal y magnífico; el casado, monje y solitario; la madre de familias quiere tiempo para visitar las iglesias; buenos podrán ser estos deseos y meritorios delante de Dios; pero no nos fatiguemos con ellos, ni nos hagan olvidar que el pobre, el casado, la madre de familias, pueden elevarse á la mayor perfección, cultivando sólo las virtudes comunes, compatibles con sus respectivos estados. Grandes y excelentes son los dones de Dios, y justamente admiramos su poder en los santos que resplandecieron en milagros, en raptos, revelaciones y otras gracias extraordinarias; pero acordémonos que cuando los discípulos volvían

contentos, porque en nombre de Cristo lanzaban los demonios, su Maestro les dice: No os gocéis en eso; gozaos y alegraos de que vuestros nombres están escritos en el cielo. La gracia santificante, con el don de la perseverancia, es la que nos hace santos, amigos de Dios y bienaventurados; los demás dones más bien sirven para provecho del prójimo, según el Apóstol, que para la propia santificación; y habrá muchos en el día del juicio que podrán decir al supremo juez: Señor, en tu nombre profetizamos y lanzamos demonios, é hicimos otras muchas obras extraordinarias; mas sin embargo, oírán aquella repulsa terrible: *Quia nunquam novi vos: discedite á me*. Nunca os tuve por míos; apartaos de mí. El camino llano es el más seguro, y las sendas comunes las menos expuestas, mis amados hermanos; seamos buenos á los ojos de Dios, aunque nadie haga alto, ni celebre nuestra virtud; esa ocasión menos tendrá de engreirse nuestro amor propio. En una palabra, cumplamos cada uno con nuestras respectivas obligaciones, y seremos santos.

He aquí, hermanos míos, simple y ligeramente delineada la admirable sencillez que se descubre en la santidad de nuestro Señor Jesucristo. Su santidad no fué estudiada con afectación, sino llana y natural; no fué rara y extravagante, sino común y ordinaria; careció su santidad de los adornos postizos con que otros intentan disimular sus defectos, pero llenó tan perfectamente sus obligaciones, que no hubo en él defecto alguno que pidiese aquel disimulo.

Quisiera yo grabar en mi corazón y en el vuestro este ejemplar precioso de santidad bello y sublime por su amable sencillez, y para dirigir nuestras miras á su imitación quisiera sentásemos por principio de nuestra conducta, aquella máxima de la divina sabiduría: *Sentite de Domino in bonitate et in simplicitate cordis querite illum*; que formemos de Dios una idea como se merece su gran bondad, y que le busquemos con corazón sencillo; es decir, que nos penetremos de que nuestro Dios es un padre bondadoso, lleno de ternura y de misericordia para con nosotros, que no se paga de ceremonias, ni quiere andarnos con rodeos ni artificios para servirle; que sólo ama á los humildes y sencillos; á ellos les revela sus misterios; con ellos tiene sus confianzas, y para ellos reserva sus recompensas. Confiemos en él, amémosle sin rebozo, sin ficción, sin reserva, sin miedo; no temamos que nos engañe; no quiere más que nuestro corazón franco y abierto, cual lo presenta un hijo á su padre en todas ocasiones: si gozamos de su amistad y gracia, para más estrecharla; y si la hemos perdido, para recobrarla otra vez; todo nuestro mal será si le huimos, todo nuestro bien si le buscamos llamándole Padre á boca llena, á fin

de gozar con su Hijo y nuestro Redentor de la adopción eterna que nos haga con él coherederos de la bienaventuranza. *Amén.*

## LA SANTIDAD DE JESUCRISTO ES BELLA

*Quis ex vobis arguet me de peccato?  
¿Quién de vosotros me arguirá de pe-  
cado?*

(S. JUAN, c. 8, v. 46.)

Cuanto más meditemos, hermanos míos, sobre la santidad de nuestro Maestro y Redentor Jesucristo, Hijo consubstancial del eterno Padre, su Hijo amado, en el que tiene todas sus complacencias; más nos convenceremos de la distancia infinita que hay de su virtud y santidad á la santidad y virtud de todos los demás santos, y confesaremos con aquella Ana, madre de Samuel, que no hay santo alguno que pueda compararse con este Dios-hombre, y que hablando con todo rigor y exactitud, no hay santo alguno sino El: santo por esencia, santo en todas sus obras; modelo perfectísimo de todas las virtudes, sin mezcla de la más leve imperfección.

Penetrado de esta verdad y de la importancia de estudiar y conocer este modelo sublime de santidad, al que nos debemos conformar si hemos de ser participantes de sus glorias y de sus triunfos, os he hablado de él ya otras veces, y vengo hoy á hablaros de nuevo, y aun puedo decir que no deseo ni deho predicaros de otro asunto, ni más grande, ni más fecundo, ni más interesante, ni más propio de mi ministerio en esta cátedra del Espíritu Santo.

Tal vez traeréis á la memoria que, sujetando á una idea este asunto tan vasto, (1) me propuse al principio considerar el mérito y la belleza de la santidad de Jesucristo por aquellas cualidades que hacen el mérito y belleza de los edificios y de todas las cosas visibles.

(1) Véanse los dos sermones anteriores.

La elegancia en las cosas visibles, así como en las obras del arte, resulta de su solidez y de su sencillez, y de la buena combinación de estas dos cualidades. Así nos parece elegante un edificio, por ejemplo, cuando es sólido y sencillo, y cuando la solidez no daña á su sencillez ni ésta ofende á su consistencia. Por manera que si la solidez es demasiada, lo llamamos pesado; si es muy sencillo lo tenemos por frío, y nos fastidia de un modo y de otro; pero cuando están perfectamente combinados estos dos caracteres, nos agrada de tal manera, que siempre que lo observamos hallamos un placer en mirarlo; y mientras más se estudia más nos contenta, y nunca nos cansa ni nos fastidia, como sucede á los inteligentes respecto á los restos de la admirable arquitectura griega, y aun de los bellos edificios modernos. En las obras del espíritu y en la misma virtud esta elegancia, que resulta solamente de la solidez y de la sencillez de las palabras ó de las obras, constituye aquel género inimitable de sublime que se siente más bien que se explica, y al que no es dado llegar sino á los grandes maestros, porque no es obra del estudio ni de las reglas.

Punto es delicadísimo descifrar el sublime de la santidad de nuestro divino Redentor; pero ni yo me lisonjeo de poderlo tocar como se merece, ni intento tocarlo para excitar en vosotros una estéril admiración. Diré lo que pudiere, ó más bien recogeré los rasgos más hermosos de su conducta, y las observaciones que sobre ellos hicieron ya los santos, y lo diré cuanto pueda con el lenguaje del corazón para encender el vuestro en amor á Jesús. ¡Oh buen Jesús, dame que yo te ame, para que ardiendo mi corazón en tu amor, mis palabras sean saetas encendidas en el divino fuego de tu caridad, que traspasen los corazones de estos tus siervos. Pidamos esta gracia por la intercesión de la Virgen Madre del amor hermoso. *Ave Maria.*

Comencemos observando el sublime de la prudencia de nuestro Salvador. Consiste esta virtud en la facilidad de atinar y valerse de los medios más oportunos para el logro de los fines justos que nos proponemos en nuestras obras. La obra por excelencia de Jesucristo era la redención del linaje humano, y para ella se valió de los mismos medios de que el enemigo de nuestro bien se habia servido para perdernos: medios los más sencillos, los más oportunos y convenientes, superiores á cuanto la razón humana hubiera podido alcanzar para la consecución de aquel fin. Porque si el demonio, encendido en infernal envidia contra el hombre, lo precipitó por el pecado á la muerte, Jesucristo Dios y Hombre con su muerte restituyó el hombre á la vida, y si aquel árbol funesto hechizó á nuestros primeros pa-

dres, y la golosina de probar su penoso fruto les abrió los ojos para sentir y llorar su fatal desnudez, el amor con que nuestro divino Redentor se abraza de otro leño para obedecer á su Padre, nos abre los ojos del alma para conocer y apreciar nuestra salud y nuestra redención. Por querer hacerse semejantes á Dios, según que se lo había prometido á Eva la serpiente, vinieron á caer de la dignidad y nobleza en que fueron criados nuestros primeros Padres, y para que fuésemos hijos de Dios, y viniésemos á ser en verdad semejantes á él, se hizo el mismo Dios semejante á nosotros tomando nuestra humana naturaleza. Haciéndose el Hijo de Dios semejante al hombre, hizo que el hombre viniese á ser semejante á Dios, ya que inclinando el demonio al hombre á que aspirara á ser como Dios, lo había reducido á la infame condición de ser esclavo suyo. De esta suerte con artificio admirable fué cogida la astuta serpiente, el dragón antiguo, en sus mismos lazos, y las artes mismas que él había empleado para perdernos, se emplearon con destreza pasmosa para redimirnos.

Y con qué admirable sencillez procedió nuestro Reparador divino en todo este negocio de nuestra salud, que ni el mundo lo sintió, ni lo pudo penetrar la sagacidad del demonio, y el más portentoso de todos los milagros vino á hacerse sin milagro alguno, porque ni se alteraron visiblemente las leyes de la naturaleza, ni se varió en lo más mínimo el orden político que entonces seguía el mundo, ni aun los más perspicaces testigos de aquella grande obra pudieron conocerla con los sentidos de su carne. El Pastor divino de este rebaño vivió desconocido aun de los suyos, y desapareció de los ojos del mundo con la suavidad que vemos correr el fresco y limpio manantial de aguas vivas. Todo el curso de su vida fué tranquilo y pacífico; según lo había vaticinado Isaías.

Y en verdad que esta sencillez de sus caminos era medio oportunísimo para el fin de nuestra salud. Porque así debía ejecutarse la obra de nuestra redención, que en todo este negocio hubiese bastante luz para los que quisiesen ver, y sin embargo se estuviera rodeado de misteriosas tinieblas para los que voluntariamente cerraran los ojos para no verlo. Porque si la reparación del género humano se hubiera hecho á las claras, digámoslo así, y con evidencia palpable, el hombre que abusando libremente de su voluntad se había separado de Dios, hubiera vuelto á él violentado por la fuerza irresistible de la evidencia; y habría aparecido más sabio y más fuerte el demonio, que sin forzar nuestro libre albedrío nos arrastró á la culpa, que el mismo Dios, si este Señor hubiese forzado nuestra libertad para restituirnos á su amistad y gracia. Sin el mérito de nuestra fe libre y

espontánea, perdía todo su mérito la obra de nuestra reparación, y para que tuviese lugar esta fe debía manejarse divinamente y distribuirse con mano maestra el claro-oscuro de este gran cuadro.

Mas á pesar de la sencillez y sabio disimulo con que procedió Jesucristo en todo este negocio, ¡cuán sublimes, cuán divinos aparecen á los ojos iluminados de la fe los medios de que se valió en todo él, y cuán superiores á la razón humana! ¡Qué bien los había meditado y los explica el gran padre San Agustín! Habíase, dice el santo, disipado el hombre por la contemplación de las cosas visibles; Jesucristo en su encarnación se presenta á su vista corporal, llama la atención de sus sentidos con sus milagros, le gana el corazón con sus beneficios, y después de hacerse amable desaparece de su vista entrando dentro de su alma, de donde el hombre se había salido para perderse, y adonde lo vuelve para su bien con este admirable artificio. Tomando cuerpo de hombre, hizo al hombre espiritual, hablando á sus sentidos curó la sordera de su alma, cubriendo su divinidad con el velo de la humana naturaleza dispuso sus tinieblas, haciendo su hermano le hizo lo reconociese por su Dios, y tomando sus debilidades vino á ser su libertador. Temían los hombres á la pobreza, la ignominia, los trabajos y la muerte. Amaban las riquezas, la gloria, los placeres, la vida y la independencia; y de estos temores y de estos deseos nacían su injusticia y su debilidad, que los habían separado de Dios y ponían un obstáculo invencible para que se convirtiesen á él; pero Jesucristo los desengaña y los cura, escogiendo para si mismo todo lo que el hombre tenía, y privándose de cuanto deseaba. Despreciando aquellos bienes falsos, los deshonró y desacreditó, é hizo honrosos los trabajos, la ignominia, la pobreza y la muerte, y nos mereció la gracia de vencerlos sufriendolos él en si mismo por amor á nosotros; y por este medio tan eficaz y tan corto destruyó todos los vicios, é hizo posibles todas las virtudes.

Si de la prudencia pasamos á examinar su justicia, no la hallaremos menos sublime. Reunía nuestro Salvador en su persona los tres poderes, legislativo, ejecutivo y judicial, de que consta todo gobierno; y había recibido de su Padre la autoridad soberana sobre todos los hombres; mas á pesar de esto, como su reino no era temporal y terreno, sino espiritual y divino, ¡con cuánta delicadeza, con qué exactitud dió siempre al César lo que era del César, y á Dios lo que era de Dios, sin mezclarse jamás en negocios temporales, ni censurar en lo más leve las operaciones de los gobiernos! Como Hijo de Dios, como Señor del templo, como templo verdadero de Dios, gozaba de inmunidad divina de pagar tributo para sostener los templos mate-

riales; mas cuando se lo piden, contento con manifestar á sus apóstoles solamente su privilegio, les manda pagar aquel tributo. Cuando le preguntan si es lícito pagar contribuciones al César, elude maravillosamente la pregunta, tomando en su mano una moneda, y declarando con su respuesta el desprecio que hacia de las riquezas, su desprendimiento de todo negocio temporal, y la prontitud con que debemos ceder las cosas terrenas cuando las reclama el gobierno que las tiene á su cargo y á quien le pertenece su distribución. Reconoce finalmente en Pilatos la autoridad delegada de que estaba revestido para juzgarlo, y aunque por tantos títulos podia reclamar su inmunidad personal ante los tribunales, es presentado en todos, injustamente es acusado y sentenciado, sin desplegar sus labios ni hacerles siquiera la más leve reclamación.

Pero esto toca ya á su fortaleza invencible, que manifestó principalmente en el tiempo de su pasión; no fortaleza estoica, efecto de una insensibilidad afectada, sino fortaleza racional y divina. El beso de un Judas ¿qué corazón, por más recto que fuese, no desconcertaría? Pero Jesús, sin perder la tranquilidad de su alma, sabe sentirlo sin inmutarse ni desmentir en un ápice la elevación de su dulce carácter. Judas, le dice: ¿y así entregas con un beso al Hijo del hombre? La negación de Pedro, el único amigo que le habia permanecido fiel hasta entonces, ¿no era capaz de abatir aun el ánimo más exelso? Pero el de Jesús, al mismo tiempo que sabe sentir más que nadie esta última infidelidad, sabe conservar sereno su espíritu en ella, y significar con una mirada cuánto padece: mirada tan tierna y tan expresiva que hace desatarse en llanto al cobarde discípulo, pesaroso de su ingratitud. El insulto cruel del siervo del pontífice, que ataca su honor del modo más infame, hubiera sin duda vencido toda otra fortaleza que la de un Dios-Hombre; pero este Señor no calla, pero no lo insulta ni se queja, y solo le pide una satisfacción, reconviéndolo con aquellas palabras tan hermosas como admirables: si he hablado mal, dime en qué; y si bien, ¿por qué me hieres? El llanto tierno de las mujeres compasivas habria por lo menos enternecido á un corazón en que cupiese debilidad; pero Jesucristo, arrastrado al suplicio y ya casi exánime, les previene con entereza que economicen sus lágrimas, vertiéndolas sobre si y sobre sus hijos, que habian de ser objeto de la divina justicia, y sufrir el horroroso castigo que se merecian con aquel decidio. Pilatos, que no estaba prevenido contra Jesucristo sino por las acusaciones de sus enemigos, confiesa su inocencia, admira su fortaleza, y teme y le asusta ver firmeza y constancia tan invencible. Acercuémonos al patíbulo: allí apuró la justi-

cia divina todos sus resortes para destrozlar la victima de nuestros pecados; pero la fortaleza de esta victima era tan grande, que se manifestó igual á la fuerza omnipotente que descargaba sobre su cuello el golpe de la muerte. ¡Qué palabras! ¡Qué sentimientos! Consumaste, Señor, tu sacrificio publicando en aquel *Consummatum est*, que aun tenias fortaleza de sobra para padecer más, si más os quedase que padecer.

Digamos algo ahora de lo sublime de su templanza, considerando cuál fué su desasimiento de todos los bienes terrenos, y la humildad y mansedumbre de su corazón. Y en cuanto á lo primero, ¿hubo jamás algún hombre en el mundo tan desasido de él, que pudiese decir con verdad, como Jesucristo, que las zorras del campo tienen sus madrigueras, y hasta las aves del aire sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza, siendo el dueño de toda la redondez de la tierra? Sus vestidos, sobremanca sencillos, fueron el único espolio que hicieron de sus bienes los verdugos que le crucificaron; en toda su vida leemos que pidiese limosna, antes repetia con frecuencia aquella sentencia que nos conservó el apóstol San Pablo: es mejor dar que recibir. Y hallándose en extrema necesidad prefirió desgranar algunas espigas entre sus manos para satisfacer el hambre, antes que importunar á ninguno; usaba de las cosas precisas para su subsistencia con tal libertad de espíritu, que alejaba de si aun la más leve sospecha de apego á ellas; aceptaba las oblaiones de los fieles y las distribuia con generosidad superior á la de los mismos que se las habian hecho.

Bien sabemos que el carácter de Jesucristo fué el ser manso y humilde de corazón; pero ¿hemos reflexionado alguna vez bastante sobre lo sublime de su mansedumbre? ¡Cuanto ruido mete en el mundo un hombre que ama la justicia, que detesta los crímenes, y que tiene en su mano el poder y la autoridad para corregirlos! Todo lo quiere llevar á sangre y fuego, no perdona ni aun el menor defecto, acumula leyes sobre leyes, y señala penas y más penas rigorosísimas contra los transgresores, autoriza el espionaje, se deja prevenir á veces de la calumnia, no da lugar al reo para su defensa, y tal vez condena al inocente con el culpado; injuria suma á que conduce el amor exagerado de justicia. Mas ¿quién fué tan amante de la justicia como Jesucristo, á quien el celo de la gloria y honor de su Padre le abrasaba las entrañas, y los pecados todos del género humano oprimian su espíritu, como que era la victima que habia de ser inmolada por todos ellos? ¿Quién jamás tuvo poder y autoridad igual á la de Jesucristo para reprimirlos y castigarlos? Sin embargo,

¡oh paciencia sublime de Jesucristo! Ni hace del declamador vociferero a vista de la espantosa corrupción de su pueblo, ni el aborrecimiento con que la miraba lo vuelve misántropo ni desabrido en su trato, sino más bien dulce, suave y afable para con todos los pecadores; los trata á todos con tal delicadeza y ternura, que vence aun la mayor obstinación y dureza. Se aprovecha de los restos de probidad natural que quedaban en ellos para hacer la entera mudanza de su corazón, se lo gana con beneficios, y coloca en él el amor de la verdadera justicia. Mujer, nadie te ha condenado, ni yo te condenaré, le dice á la adúltera, después de haber confundido á sus acusadores: anda con Dios, no vuelvas á pecar más. Y cómo había de ofender más á Jesucristo una mujer que acababa de recibir de él su reputación, su vida y su alma?

Y esto me lleva ya á concluir, diciendo una palabra sobre la caridad de Jesucristo ó su amor á los hombres. El apóstol San Pablo exigía de los fieles de Efezo, que habitase en ellos el mismo Jesucristo por la fe, y que estuviesen radicados y establecidos en caridad para que pudiesen comprender, con todos los santos, cuánta sea la extensión del amor de Jesucristo á los hombres, y saber y penetrar la caridad sublime de la ciencia de Cristo. Y á la verdad que sólo cuando la caridad sea perfecta y consumada en el corazón de los escogidos de Dios en la bienaventuranza, podrá conocerse el gran misterio de la caridad de Jesucristo para con ellos, porque entonces se verá consumado por la perfecta estructura del cuerpo místico de este Señor, que es su Iglesia en todas sus dimensiones. Allí solamente se conocerá el fuego inmenso de amor que abrasó esta víctima sacrosanta sobre el madero de la Cruz, aquel amor infinito con que se ofreció á su eterno Padre para padecer por nosotros, aquel deseo vehementísimo que manifestó algún tanto cuando les decía á sus apóstoles: ardentísimamente he deseado celebrar esta última Pascua con vosotros.

Pero si no es dado á nosotros, débiles en la fe y fríos en la caridad, penetrar tan adentro en el incomprendible misterio del amor de Jesucristo á los hombres, al menos acerquémonos á su Cruz y recojamos sus palabras, y observemos sus afectos para rastrear algunos indicios de este amor infinito. Vedlo allí desnudo, desgarradas sus espaldas con los azotes, y renovadas sus heridas con la aspereza de aquel madero, taladrados sus pies y manos con los duros clavos, traspasadas sus sienas y su cerebro con las espinas penetrantes de su corona, exhausto de sangre, convulsos sus nervios, angustiada su alma, su corazón partido de dolor al ver á la Madre huérfana afligi-

disima, y á sus enemigos triunfantes, que no satisfechos con haberlo llevado á aquel suplicio, lo insultan todavía, convidándolo á que se baje de la Cruz. No, no temáis que baje; podría bajar si quisiese; podría hacer descender fuego de los cielos que os abrasase, como hizo Elias sobre el monte á los que lo insultaron. Pero Jesús no. Subiría á la Cruz por vosotros si aun no hubiese subido; y estando ya en ella, en vez de darse por sentido de esa crueldad bárbara con que lo insultáis, se vuelve á su Padre, y poniéndole á la vista lo que por vosotros padece, le pide os perdone, excusando vuestra fiera con vuestra ignorancia: Padre mio, perdónadlos, porque no saben lo que se hacen. Meditad vosotros esta palabra que yo no sé explicar, ni puedo añadir otras que aquella terrible maldición de San Pablo: Si hay todavía alguno que no ame de veras á nuestro Señor Jesucristo, maldito sea para siempre jamás: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum sit anathema.*

## JESUCRISTO PROPONE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

*Videns autem Jesus turbas ascendit in montem, et cum sedisset, accesserunt ad eum discipuli ejus et aperiens os suum docebat eos.*

Y viendo Jesús las gentes subió á un monte y después de haberse sentado se llegaron á él sus discípulos: y abriendo su boca les enseñaba.

(S. JUAN, c. 5, v. 1 y 2.)

Acudia, hermanos míos, la multitud de Décapolis, de Jerusalén, de la Judea entera, de la provincia de Siria y de los confines marítimos, de Tiro y Sidón, á oír su palabra y obtener la curación de las enfermedades corporales, y todos procuraban tocarle, porque salía de él una virtud divina que daba la salud á todos. Viendo Jesús esta